

Manuel LÁZARO PULIDO, *La creación en Buenaventura. Acercamiento filosófico a la metafísica expresiva del ser finito*, Frati Editori di Quaracchi-Fondazione Collegio San Bonaventura (Collana Pensiero Francese Vol. 5), Grottaferrata (Roma), 2005, 288 pp, 14,3 x 21 cm.

Sin duda el tema de la creación constituye una de las grandes aportaciones del pensamiento cristiano medieval. Lo fue desde San Agustín hasta Occam. Pero, en la tradición franciscana, la creación, como donación gratuita del amor divino, ocupa el puesto de privilegio. Llama, sin embargo, la atención que San Buenaventura no dedicase expresamente ninguna de sus obras al estudio de la creación. No obstante, es el quicio sobre el que gira lo que se ha denominado el “neoplatonismo cristiano” del Doctor Seráfico.

Precisamente uno de los primeros hallazgos de este amplio y reflexivo estudio del profesor Lázaro Pulido es haber centrado su investigación en el concepto bonaventuriano de creación. Y lo es, además, porque lo hace con una total coherencia.

La obra establece, primero, el sentido de la creación, como expresión de la voluntad libre y generosa de Dios, que difunde su bondad en el libro del mundo. La creación es, por ello, entendida como signo y símbolo de la gracia divina, según la concepción hermenéutica gadameriana, que el autor explica en el primer capítulo.

El segundo capítulo resulta fundamental para contextualizar la obra de San Buenaventura, dentro de la historia de la filosofía medieval, en la que destaca como tema recurrente el de las relaciones entre la filosofía y la teología. El profesor Lázaro Pulido sitúa con precisión la posición del doctor Seráfico y, en amplio diálogo con los principales intérpretes del pensamiento de San Buenaventura, establece las coordenadas desde las que tiene perfecto sentido hablar de la filosofía del santo franciscano como una “metafísica de la expresión”, en la que el ser creado es un ente, pero es, ante todo, obra de Dios. Con ello, concluye el segundo capítulo, que forma con el primero una introducción teórica imprescindible para comprender en su justo sentido la tesis central de la obra, que no es otra que la afirmación de la criatura como signo, símbolo, espejo e itinerario del hombre hacia el Creador.

El tercer capítulo define con claridad los términos fundamentales de esta metafísica de la expresión, que se asienta sin duda en el ejemplarismo de influencia platónico-agustiniana y culmina en una teología simbólica que tiene su origen en el Pseudo Dionisio y su continuación en la obra de Hugo de San Víctor. En cuanto al ejemplarismo, el autor presenta un minucioso análisis de la centralidad del Lógos divino en esa participación de las criaturas de la bondad divina, así como los modos de relación entre el Creador y la criatura, que aporta una profunda comprensión de la “reductio” y la “divisio”, modos privilegiados de esa relación. Por lo que respecta a la teología simbólica, el autor profundiza en la tradición neoplatónica cristiana, señalando las diferencias entre la visión impersonal de carácter plotiniano y la concepción cristiana del amor personal, principio y fuente de la creación, entendida como libro e imagen que eleva a la criatura a su causa ejemplar.

Tras esta fundada explicación del ejemplarismo lógicamente el estudio penetra en la metafísica expresiva del ser finito, que el autor rastrea con singular pericia en las páginas del *Itinerarium*. Indudablemente la naturaleza ontológica de la criatura exige previamente el conocimiento del creador, en tanto que Ser, pero sobre todo como Bien. La apuesta personalista bonaventuriana alcanza en este momento su cúspide, pues sin renunciar a concebir a Dios como el Ser, lo sublima con la idea de Bien, que convierte al Ser en principio y culminación de toda comunicación. El Bien es razón última y fundamento, como prefiere llamarlo San Buenaventura, de toda comunicación, de toda efusión del ser. Una comunicación que procede por la vía del amor y por la vía de la generación y del conocimiento. En consecuencia, si el ser es la razón última de toda perfección absoluta de la esencia divina, el bien es el fundamento principal de su comunicación tanto en la comunión trinitaria, como por medio de la creación, que es expresión de su amor hacia fuera de la vida divina. Y, como consecuencia, de este bien difusivo, la criatura no puede ser sino vestigio, imagen y semejanza, que son el itinerario que eleva al hombre hasta la bondad creadora. La metafísica de la expresión entiende la criatura como signo, al modo agustiniano, y como símbolo, siguiendo la huella neoplatónica, haciendo residir la esencia metafísica del ser creado en su misma significación de lo divino.

Con perfecta coherencia viene a continuación la explicación bonaventuriana del cosmos, como ámbito de la expresión de la bondad creadora. Aunque no hay una obra cosmológica del Doctor Seráfico, el profesor Lázaro Pulido ha rastreado con rigor los textos en los que puede adivinarse su modelo cosmológico. Analiza estos textos en el contexto del relato de la creación y en el contexto de la historia de la salvación, llegando a unas sugerentes conclusiones sobre el modelo del cosmos y el modelo antropológico que se esconde en aquellos textos. El amplio análisis de este punto culmina en la perfecta armonía de la visión de San Buenaventura con la cosmovisión franciscana, que sitúa al hombre en el centro del universo, haciéndole contemplador y amante de la belleza y el esplendor del amor divino que aparece ante sus asombrados ojos como una escala que conduce a la luz creadora e iluminadora de todo hombre que viene a este mundo. El capítulo concluye, por tanto, en la perfecta armonía de la visión bonaventuriana del hombre y del cosmos con la filosofía y la teología de San Francisco, cuyo punto de apoyo es la consideración de Cristo, el Verbo de Dios, como recapitulación de lo creado, como punto de encuentro de la criatura y del Creador.

Y esta idea profundamente franciscana de Cristo, como clave paradigmática de la metafísica expresiva del ser finito en su ansia eterna de retornar al seno del Padre, ocupa el sexto capítulo de la obra, que es el que denota con mayor claridad los amplios conocimientos teológicos de los que el autor hace gala. El misterio del amor trinitario, en el que hay una inacabable corriente de amor, que constituye la fuente de la comunión de las tres personas divinas, llena esta páginas, en las que el lector puede descubrir la fontalidad del Padre y la Trinidad como expresión del desbordante Bien de Dios. De la Teología del Verbo increado, el autor nos lleva, de la mano de los textos del Doctor Seráfico, a la Teología del Verbo encarnado, para concluir con la Teología del Verbo Inspirado, el Cristo Maestro del sermón universitario de San Buenaventura, en el que el santo franciscano nos habla del verbo inspirado como expresión de la sabiduría divina y camino de retorno al Padre. Y, de nuevo, termina el capítulo con acento franciscano, expresando la esencia de la Teología de la imagen, que tiene como centro a Cristo, crucificado, camino de conversión de la criatura a la fuente del Bien.

El Bien constituye el fundamento de la metafísica de la expresión del ser creado. Tomando su origen desde las páginas de Plotino y siguiendo por los difíciles senderos del Pseudo-Dionisio, el autor nos lleva a descubrir en algunas de las más hermosas expresiones del *Itinerarium* la huella omnipresente del Bien. Un Bien que se difunde por naturaleza, pero que no lo hace de la forma necesaria e impersonal en que nos lo presentan los neoplatónicos, sino como fruto de la voluntad libre y amorosa del Creador. Un amor liberal, una donación gratuita, una entrega sin límites. Frente a la dimensión ascensional y pasional que presenta el concepto platónico del amor, como deseo de aquello de lo que carece del amante, San Buenaventura, sin renunciar a este ascenso o regreso a la fuente del amor, insiste con notable originalidad en el carácter descendente y liberal del amor de Dios. El itinerario y el ascenso de la criatura hasta su origen es sólo causa de su procedencia de ese Bien que le dio el ser y la belleza. El amor a Dios proviene del amor de Dios, porque nos hizo a su imagen y semejanza y, con ello, nos infundió el deseo de amarle, porque Él nos amó primero.

La discusión del autor con algunas de las últimas interpretaciones de este concepto del Bien, desde la denominada onto-teología, le llevan al autor a finalizar con una conclusio-

nes sencillas y claras, que recogen con precisión los puntos fundamentales de la metafísica del Bien personal en San Buenaventura.

La conclusión final del libro es más bien una apertura hacia el futuro. El autor, con indudable inteligencia, nos ofrece esta documentada y profunda investigación, como un instrumento válido para el estudio de otros muchos problemas que siguen incitándonos en la obra de San Buenaventura.

Y lo mismo cabe decir de la completa bibliografía que cierra el volumen, que el autor ha utilizado con profusión en las numerosas notas críticas que enriquecen el estudio. Un estudio que ofrece una sugerente perspectiva de un autor decisivo en la historia de la filosofía medieval y en la configuración de algunas de las más importantes categorías de la metafísica occidental. Y todo ello dentro de un estudio original y riguroso de un asunto que merecía una monografía como la que el profesor Lázaro Pulido nos ofrece en este libro sobre la creación en Buenaventura.

Pablo García Castillo
Universidad de Salamanca